

# Dictadura 76-83: efectos de lectura

por Ana María Shua

En el año 1969 ingresé a la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires. En el año 1969 cumplí dieciocho años. En el año 1969 se publicó, con arrasador éxito de público y concomitante desconfianza de la crítica, la novela *Boquitas pintadas* de Manuel Puig. En el año 69 la organización guerrillera Montoneros apareció por primera vez en los diarios con el secuestro de Aramburu. En el año 69 se produjo un violento levantamiento popular en las calles de Córdoba, violentamente reprimido por el gobierno militar: el Cordobazo. En el año 69 se inauguró una nueva etapa en la historia de nuestro país.

No es posible escribir sobre el efecto devastador de la dictadura militar en todos los órdenes sin una referencia a los años de violencia que la precedieron. La acción de las organizaciones guerrilleras fue combatida por medios legales e ilegales. Bandas paramilitares actuaron contra la guerrilla pero también contra cualquier sospechoso de alentar ideas *subversivas*. Dentro del movimiento peronista, la izquierda y la derecha lucharon entre sí, matando militantes de ambos bandos. En 1972 la masacre de un grupo de presos políticos en la cárcel de Trelew por parte de las fuerzas de seguridad inauguró un nuevo estilo de represión: el asesinato masivo. En 1973, después de siete años de dictadura militar, volvimos a tener un gobierno civil. En ese año Perón asumió la Presidencia de la Nación, con su esposa Isabel como Vicepresidenta. En el 74, a partir de la muerte del Presidente, el gobierno quedó en manos de Isabel Perón, que gobernó con grave ineptitud, apoyada por el *brujo* José López Rega, en una situación de caos y violencia.

Cuando en 1976 asumió la Junta Militar, el desgobierno de Isabelita había llegado a un grado intolerable. Así, la dictadura más feroz y sanguinaria de la historia del país entraba en escena con la aprobación de la mayor parte de la población civil. Desde la izquierda se alababan las ventajas de que diera la cara al verdadero enemigo, en lugar de escudarse detrás de una fachada democrática. Desde la derecha, se esperaba que el Proceso de Reorganización Nacional (como se llamó a sí misma la dictadura) así lo fuera. Para el grueso de la población, cualquier cambio despertaba esperanzas.

Antes todavía, a fines de 1974, durante el gobierno constitucional de Isabel Perón y como prefacio a la indiscriminada represión que se iniciaría poco más de un año después, la Municipalidad de Buenos Aires prohibió cuatro libros de jóvenes autores nacionales. Eran *La boca de la ballena* de Hector Lastra, *Territorios*, de Marcelo Pichón Riviere, *The Buenos Aires affair* de Manuel Puig y *Sólo ángeles* de Enrique Medina.

En marzo de 1976 asumió el General Videla la presidencia del país, como representante de la Junta Militar. El proyecto cultural de la dictadura fue el más claro y eficaz que se haya conocido jamás en la Argentina. Durante siete años se abocó a la sistemática destrucción de la cultura nacional. Además del terror que provocó la masacre represiva, con su correlato de autocensura, se actuó de modo particular en cada uno de los sectores del campo cultural.

Las muertes y desapariciones provocaron el efecto deseado: el terror amordazó a la cultura, ahorrándole al gobierno muchas tareas específicas. De acuerdo con las estadísticas, un 70 % de las víctimas tenía menos de 35 años. Los poetas Miguel Angel Bustos, Roberto Santoro, Francisco Urondo, los narradores Haroldo Conti y Rodolfo Walsh fueron muertos o desaparecidos. Entre muchos otros, los escritores Antonio Di Benedetto y Daniel Moyano sufrieron arbitrarias detenciones.

Muchos argentinos optaron por el exilio, entre ellos los escritores Antonio di Benedetto, Luisa Valenzuela, Héctor Tizón, Diana Raznovich, Daniel Moyano, Juan Gelman, Tempo Giardinelli, Ramón Plaza, Rodolfo Rabanal, Ana Basualdo, Juan Carlos Martini, Osvaldo Soriano, Silvia Molloy,

Juan José Saer, Mario Trejo, Luisa Futoransky, Germán García, Tununa Mercado, Manuel Puig, Noé Jitrik, David Viñas, etc.

Además de las prohibiciones directas de libros argentinos y extranjeros, se realizaron decomisos y quemados de libros, se labraron actas en librerías, se detuvo a dueños y vendedores, hubo allanamientos, clausuras y amenazas en editoriales, diarios y revistas, encarcelamiento o secuestro de sus responsables.

No hay que dejarse engañar por ciertas prohibiciones aparentemente disparatadas o risibles: la censura actuó en forma eficiente y económica, como lo señaló el poeta y periodista Jorge Aulicino:

"La censura fue un correlato de la guerra sucia. Fundada, desde luego, en una visión del mundo, no se equivocó al medir con excesiva puntilliosidad la obscenidad de un texto o su poder disolvente. No importaba equivocarse con una obra o dos. Lo importante era convertir el hecho de escribir, pintar o filmar en un terreno peligroso. La censura fue también terrorismo de estado. Se fundó en reglas tan paranoicas como las que regían para la represión ilegal. Prohibir las obras significaba una advertencia. La censura "tiró al bulto" y por eso no se equivocó. Por eso no necesitó prohibirlo todo. El "enemigo", que se suponía grande e incierto, recibiría los avisos. Y así fue. Obras completas de autores que no habían sido rozados por las prohibiciones bajaron de los estantes. Era mejor prevenir que dudar"

Para expresarlo en palabras de Enrique Medina, uno de los autores argentinos más prohibidos: "En esos años los camiones del Ejército se paraban frente a las librerías y se llevaban centenares de volúmenes. Luego hacían verdaderos aquelarres quemándolos. Tenía razón Walt Whitman: el que toca a un libro toca a un hombre. Aquí, realmente, estaban quemándonos vivos".

Es interesante consignar algunos de los considerandos que acompañaron a las prohibiciones. Un libro infantil de Elsa Borneman, *Un elefante ocupa mucho espacio*, fue prohibido porque contenía "...una finalidad de adoctrinamiento que resulta preparativa a la tarea de captación ideológica del accionar subversivo". Otro texto para niños, "La torre de cubos", de Laura Devetach, es acusado de "simbología confusa, cuestionamientos ideológicos y sociales, *ilimitada fantasía*" (sic). En la provincia de Santa Fe se prohíbe "La tía Julia y el escribidor", de Vargas Llosa: "La obra revela en su contenido, distorsiones, intenciones maliciosas y ofensas reiteradas a la familia, religión, fuerzas armadas, y principios éticos y morales que sustentan las estructuras espirituales e institucionales de la sociedad latinoamericana".

El ministro de Educación, Dr. Llerena Amadeo, justificó así la prohibición de Neruda en todas las escuelas del país: "Todos conocen la ideología del autor, y sin desmerecer el valor literario de la obra, conviene que quienes la lean posean el criterio suficiente para discernir una cosa de la otra".

Mucha gente, para protegerse, quemaba sus propias bibliotecas, o al menos los libros que suponía peligrosos. Mi marido y yo revisamos los estantes con desaliento y decidimos empezar por un libro de Vo Nguyen Giap sobre la guerra de Vietnam. En las novelas, los personajes arrojan los libros de los que quieren deshacerse a la chimenea y en un instante son devorados por las llamas. Nuestro departamento de tres ambientes no tenía chimenea y ya no existían los incineradores. Pusimos el libro abierto en la piletta de la cocina y acercamos inútilmente un fósforo al borde de las páginas. Como un árbol vivo, lleno de savia, el libro se resistía a encenderse. Se quemaba parte de una hoja y el fuego se apagaba. Finalmente prendió, echando un humo espeso. Tosíamos. Volaban residuos carbonizados. El lomo nunca alcanzó a quemarse bien del todo. El esfuerzo nos hizo reflexionar. No valía la pena quemar libros. Si entraban a buscarnos, no necesitaban grandes excusas, tener una biblioteca era ya lo bastante sospechoso. Se trataba de quemarlos todos o ninguno. Así sobrevivieron muchos libros, entre ellos mi *Manifiesto comunista*, que tanto trabajo me había dado conseguir durante la dictadura anterior, y otros que había comprado en Cuba en 1974, adonde viajé con mi familia para una exposición de la industria argentina en La Habana.

Mis abuelos maternos llegaron de Polonia a la Argentina en los años 20. Tuvieron dos hijas, cada una de las cuales tuvo dos hijas. Entre 1976 y 1977 las cuatro nietas, las cuatro primas nos embarcamos nuevamente para el otro lado. Mis primas y mi hermana, que estaban más apurada, eligieron navíos que surcaban el aire. Yo me fui a Francia en un barco, en el Eugenio C. Y soy la única que volvió al país.

En cualquier lugar donde permanezca más de dos días empieza a crecer a mi alrededor, casi como si brotara de mi propio cuerpo, esa vegetación densa que me acompaña a todas partes y se reproduce de modo preocupante: un retoño más de mi biblioteca. En París podría haber elegido internarme en aquella literatura que en mi país se prohibía y sin embargo elegí, azarosamente, clásicos franceses de distintas épocas: *Manon Lescaut* de Prévost, las *Memorias de Casanova*, libros de Raymond Queneau...Otros argentinos profundizaban sus conocimientos de literatura mexicana, española, sueca...

Nunca fui militante política y mi exilio duró poco. Al volver, en 1977, encontré las librerías muy cambiadas. La literatura argentina había perdido los canales de comunicación con sus lectores, que nunca volvieron a restablecerse. Sospechosa, acorralada, se había refugiado en el estante del fondo. El best-seller internacional acaparaba las mesas de novedades, anticipando una tendencia que iba a definir el mercado editorial en los años siguientes. Como en el resto de nuestra Argentina, el neoliberalismo completó lo que había iniciado la dictadura.

Los lectores de buena literatura seguimos leyendo. Las prohibiciones poco pueden contra nosotros. Ahora sabemos que Bradbury estaba equivocado: el marketing destruye más que el fuego. Pero nosotros somos inmunes, incluso, a las listas de best-sellers: también allí sabemos descubrir, sin confundirnos, los libros que nos interesan. Nos reconocemos, nos gustamos. Intercambiamos señas. Nos prestamos libros que juramos jamás prestar. Intentamos seducir jóvenes para incorporarlos a nuestra secta. Como cualquier adicto, tenemos necesidad de hablar sobre nuestra adicción y compartirla. El que lee no escucha, no ve, no está, no le importa. Se incorpora al torrente de las letras, se deja llevar sin hundirse, feliz de participar en la corriente del más humano de los ríos, ese conjunto limitado de signos capaz de contener todos los universos posibles: el infinito, incorpóreo acontecer de la palabra escrita.

## **LISTA DE LOS LIBROS PROHIBIDOS DURANTE LA DICTADURA**

### Autores extranjeros

*Lógica formal y lógica dialéctica*, de Henri Lefebvre  
*La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa  
*La muerte de la familia*, de David Cooper  
*Desde el jardín*, de Jerzy Kosinsky  
*Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano  
*Pantaleón y las visitadoras*, de Mario Vargas Llosa  
*Gracias por el fuego*, de Mario Benedetti  
*Choripzus*, de Rómulo Macció  
*Gramsci y la revolución de Occidente*, de M. A. Macchiochi  
*Sociología de la explotación*, de Pablo González Casaonva  
*El poder negro*, de Stokeley Carmichael  
*El Mayo francés o el comunismo utópico*, de Alain Touraine  
*El camino del hombre*, de Julio César Urien  
*Los peores enemigos de nuestros pueblos*, de Juan Beyer  
*Cuentos para chicos traviesos*, de Jacques Prevert  
*España, el destape*, de Ted Córdova Claure  
*El nacimiento, los niños y el amor*, de Agnes Rosratischl  
*Introducción a la sociología*, de Duilio Biancucci  
*Juegos a la hora de la siesta*, de Roma Mahieu  
*Las edades Media y Contemporánea*, de Juan Bustinza

*La educación como práctica de la libertad*, de Paulo Freire  
*Pedagogía del oprimido*, de Paulo Freire  
*Acción cultural para la libertad*, de Paulo Freire  
*Las iglesias, la educación y el proceso de liberación*, de Paulo Freire  
*Concentización, teoría y práctica de la liberación*, de Paulo Freire  
*El país de Minotauro*, de Mariano Castex  
*Humanismo socialista*, compilado por Erich Fromm  
*América Latina - Estudios y perspectivas*, autores varios  
*Tradición, revuelta y conciencia de clase*, de E. Thompson  
*Sexualidad y autoritarismo*, de Frank Hinkelammert  
*Memorias de una cantante alemana*, de Whilhelmine Schaoeder  
*La historia presente*, Centro Editor de América Latina  
*Las noches del paraíso*, de Dominique Marion  
*Venus en la India*, de Charles Devereaux  
*Los problemas sexuales y sus soluciones*, de S. Jacobson  
*Veneno en las ondas*, de Irivin Shaw  
*Flash en Roma*, de Daib Flash  
*El marxismo y la historia*, de Pierre Philips Reym  
*América Latina, nacionalismo, democracia y revolución*, de V.Chertjin  
*Dossier Wallon Piaget*, de Claude Gianet  
*La ideología alemana*, de Marx y Engels  
*La acumulación de los países capitalistas subdesarrollados*, de C. Benetti  
*Isadora emprende el vuelo*, de Erica Jong  
*Almanaque Mundial 1979*  
Universitas-Gran Enciclopedia del saber  
*Cuba, nuestra América, y los Estados Unidos*, de José Martí.  
*Marcuse polémico*, de Erich Fromm  
*Dios y el Estado y la Libertad*, de Bakunin  
*La madre*, de Máximo Gorki  
*La Sagrada Familia*, de Karl Marx  
*Adúlteros felices*, de Ellen Roddick  
*Un marido, ¿para qué?*, de Norma Klein  
*Un médico en la noche*, de Jacques y Francois Gall  
*Destinos*, de Peter y Denne Bart  
*Enciclopedia Salvat-Diccionario*  
*El Uruguay, la política internacional del Río de la Plata*, de Eduardo V. Haddo  
*1001 sueños eróticos*, de Graham Green  
*Los romanos*, de R.H. Barrou  
*Diagnóstico de nuestro tiempo*, de Karl Mannheim  
*Viajando con los Rolling Stones*, de Robert Greenfield  
*Sobre la teoría de la planificación socialista*, de J.G.Zielinsky  
Autores nacionales  
*Nuestros muchachos*, de Alvaro Yunque  
*Para hacer el amor en los parques*, de Nicolás Casullo  
*Guía de pecadores*, de Eduardo Gudiño Kieffer  
*Buenas noches, profesor*, de Alina Diaconú  
*Don Abdel Zalim*, de Jorge Asís  
*Tres autores prohibidos*, de Jaime Rest  
*Persona*, de Nira Etchenique  
*The Buenos Aires affair*, de Manuel Puig  
*Territorios*, de Marcelo Pichón Riviere  
*Los reos*, de Federico Moreyra  
*Memorial de los infiernos*, de Julio Ardiles Gray  
*El homosexual y su liberación*, de Gustavo Weinberg  
*La sartén por el mango*, de Javier Portales  
*Olimpo*, de Blas Matamoro  
*Estudio sobre los orígenes del peronismo*, de J.C. Portantiero  
*Ganarse la muerte*, de Griselda Gambaro  
*Mascaró, el cazador americano*, de Haroldo Conti  
*Reflexiones sobre el terrorismo*, de Fernando Nadra  
*Un elefante ocupa mucho espacio*, de Isabel Borneman

Niños de hoy, de Alvaro Yunque  
*Cuentos premiados concurso Premio Marechal*  
El fracaso y el desinterés escolar en la escuela primaria, de Liliana Lurcat  
*Poesía política y combativa argentina*, de Andrés Sorel  
La torre de cubos, de Laura Devetach  
*El amor sigue siendo niño*, de Alvaro Yunque  
*Dios es fiel*, de Betariz Casiello  
*El frasquito*, de Luis Gusmán  
*Féiguele*, de Cecilia Absatz  
*Cómo levantar minas*, de Oberdán Rocamora  
*Rubita*, de Javier Torre  
*Visita, francesa y completo*, de Eduardo Perrone  
*Perros de la noche*, de Enrique Medina  
*El Duke*, de Enrique Medina  
*La vida es un tango*, de Copi  
*La vida entera*, de Juan Carlos Martini  
*Macoco*, de Juan Carlos Martini  
*Argentina 1975-1975*, de Sergio Bagú  
*De Sarmiento a Cortázar*, de David Viñas  
*De la economía social justicialista al régimen liberal*, de A. Cafiero  
*Neoliberalismo y comunicación de masas*, de Heriberto Muraro  
*La dominación imperialista en Argentina*, de Carlos M. Vila  
*Montoneros y caudillos en la historia argentina*, de García Mellid  
*Bases históricas de la doctrina nacional*, de Astesano  
*Santa Cruz, realidad y futuro*, de Horacio Lafuente  
*Metal del diablo, El Presidente Colgado*, de Augusto Céspedes  
*Los derechos constitucionales del trabajador*, de Daniel Rudi  
*La misión Ponsonby*, de Luis Alberto Herrera  
*La boca de la ballena*, de Héctor Lastra